



Suzy Wong

El 1 de marzo de 1993, tras haber recorrido los veinticuatro mil kilómetros de un viaje que había comenzado en Italia siete meses antes, apoyaba por fin el caballete de la Vespa en la plaza central de Ciudad Ho Chi Minh. Sentado frente a un chiringuito en el que una radio diminuta graznaba a todo volumen las notas de una canción vietnamita, decidí concederme el primer cigarrillo tras todo aquel tiempo y acompañar cada calada con un sorbo de cerveza tan fría que casi me aturdía de placer. Una combinación de sabores que a duras penas podía recordar y que me pareció tan buena que me hizo entornar los ojos y me provocó un imperceptible escalofrío de placer.

Cumplir la promesa de no fumar había sido más difícil de lo que pensaba, cumplir el pacto que hice conmigo mismo la víspera de la partida en un arrebatado de masoquismo ciertamente encomiable: «¡Ni un solo pitillo hasta llegar a Saigón!». Probablemente fue más difícil claudicar y someterse sin rebelarse a aquel desagradable y autárquico chantaje moral, a aquel voto, de lo que fue realmente llegar a Saigón; lo cual, en honor a la verdad, no había sido nada fácil sobre el sillín de un *scooter*.

Con el bigote manchado de espuma me sorprendí lanzando un aullido —comenzado casi con cautela, para aumentar luego el volumen sin el menor decoro—, ante la perplejidad de algunos vietnamitas que habían decidido acercarse y que sacudían incrédulos la cabeza, a mitad de camino entre un vago e injustificado respeto





y la muy justificada conciencia de la locura ajena. Los curiosos me hacían preguntas en un inglés intrépido, canturreado con las peculiares inflexiones de las lenguas tonales, después de haber visto la matrícula de Roma y una extraña pintada en el lateral de la Vespa: «De Italia a Vietnam».

Sentado en el sillín me abrazaba las rodillas y respondía usando con profusión las palabras de vietnamita que había aprendido hasta aquel momento, mientras bajo la chupa de cuero mi corazón latía más fuerte de lo habitual, quizás gracias a aquella descarga inesperada de nicotina.

—¿*Iú Itali!*?

—*Vâng*. —Es decir, sí.

—¿*Iú Saigon go moto!*?

—*Vâng*.

—¿*From Itááááááali!*?

—*Vâng!*

—*Abh!*

—¿*Grupp? Iú grupp travell!*

—*Không, dộc thân*. —«No, solo».

Llegados a este punto, al igual que me había sucedido en otros lugares como Irán, Pakistán o Bangladés, un hombre se abrió camino entre la muchedumbre, muy serio y con gestos calmados que provocaron un silencio repentino. Iba vestido de manera más elegante que los demás y su cara transmitía un gran conocimiento del mundo (y probablemente de la lengua inglesa). Me preguntó mirándome fijamente a los ojos, con un evidente toque de solemnidad en la voz:

—¿*Iú Itali!*?

—*Yes*.

—*Moto iú camm from Itali*.

—¿*Iú alónn?*

—*Yes*.

—*Okéi, tenk'iú*.

Después lo tradujo en vietnamita para los asistentes.

Con todo lo que habían dejado aquí los norteamericanos —los Zippo de los marines muertos que ahora se vendían por las calles a pocos dong, los hijos como recuerdo para las *vietcong* maltratadas y estupradas y para las prostitutas de los humeantes locales de Saigón





en los que sonaba la voz de Mick Jagger de fondo, la pesadilla del napalm y de los pueblos de los que no quedaban en pie ni los cementos, los cadáveres de sesenta mil pobres yanquis y de millones de pobres «chinos amarillos»—, después de todo el daño irreparable que habían causado en este país, podrían haber dejado unos conocimientos más sólidos de inglés entre sus habitantes.

A principios de marzo de 1993, mientras aparcaba la Vespa delante del quiosco y desenterraba de mi memoria aquella maravillosa mezcla de sabores, Vietnam todavía no se había convertido en un destino turístico «de moda». El Club Méditerranée no había abierto ningún resort con animadores gritones ni celebraba fiestas de disfraces para conmemorar el 14 de julio; las agencias de viajes apenas incluían este país en sus programas.

El embargo económico y las sanciones impuestas por el gobierno de Washington estaban todavía en vigor, aunque habían perdido intensidad en los últimos meses. La guerra con China por el control de la frontera del norte apenas acabada había provocado el naufragio desesperado de centenares de vietnamitas que huían clandestinamente de la zona en barcos ilegales. Por las calles de Saigón, que ahora se llamaba Ciudad Ho Chi Minh a pesar de que sus habitantes seguían empleando el nombre anterior, no se veían muchos extranjeros. Más que turistas en el sentido literal de la palabra, había sobre todo mochileros y «exploradores» que, independientemente de su condición, padecían el curioso síndrome del mirón aficionado delatado por el brillo de sus ojos. Por las calles de Hanói, la capital del Vietnam reunificado, se veían aún menos extranjeros; muy pocos también en los pueblos esparcidos a lo largo de los dos mil kilómetros de costa que llevan hasta el delta del Mekong. Me llevó dos semanas recorrer ese tramo de costa, las últimas antes de poner fin a este largo viaje sobre dos ruedas en el que, probablemente, padecí el voyerismo del aficionado al que le brillan los ojos.

La tragedia de la guerra y su inigualado (y puede que inigualable) eco en los periódicos de todo el mundo, en la cinematografía, en la opinión pública y en la conciencia de al menos dos generaciones de occidentales, habían hecho de Vietnam un país «especial», cargándolo de significados simbólicos y de consecuencias emocionales que otros países probablemente no tenían. Habían mitificado a sus gentes, al menos desde mi punto de vista, atribuyéndoles





unos rasgos particulares, entre los que destacaban un estoicismo y un aguante infinitos.

El hecho de que los vietnamitas fueran tan cordiales y receptivos con los pocos extranjeros que tenían la oportunidad de encontrar, después de todo el dolor que habían padecido, no solo en la guerra con los americanos, sino también en la guerra de independencia con los franceses; el que pareciera que no tuvieran rencor hacia los occidentales, incluso que rieran de buen grado con ellos (y no de ellos) apenas se presentaba la ocasión; el que estuvieran tan alegres y que tuviesen el deseo cuando menos conmovedor de divertirse y olvidar, en lugar de quedarse en una esquina lamiéndose las heridas...; estas y otras muchas cosas hacían que me maravillara todavía más de la relación que mantenía con ellos día a día, incrementando las dichas características, casi míticas, que ya poseían.

Acabada la segunda lata de cerveza y fumado el cuarto cigarrillo, saludé a diestra y siniestra regalando sonrisas avergonzadas, de persona feliz, eché un vistazo al pequeño mapa de Saigón en la ya desgastada guía *South East Asia on a Shoestring*, puse en marcha la Vespa y me dirigí a la estación de trenes con la intención de encontrar un hotel barato.

Después de haber visto un par de habitaciones bastante sórdidas decidí que era el momento de celebrar mi victoria y regalarme, al menos durante ese día, un alojamiento como corresponde, aunque para ello tuviera que gastar los últimos billetes de veinte dólares que me quedaban en la cartera. De momento iba a celebrarlo, luego ya veríamos.

Alquilé una habitación de hotel que tenía incluso nevera (vacía) y dos grabados enmarcados en la pared, uno de un chalet suizo y otro con un cachorro de pequinés. Era un hotel con sábanas increíblemente limpias (si las comparo con otras sobre las que había tenido el placer de dormir), y una recepcionista que mareaba solo de verla. Así, me vi obligado a importunarla —o, en su defecto, a sus compañeros— con los pretextos más absurdos. Su belleza fue la que me hizo bajar tres pisos de escaleras (sin ascensor) para volver a contemplarla, para tratar de sacarle una sonrisa con cualquier broma estúpida, para arrugar los labios al decir gracias como si le lanzara un beso. Por regla general, las vietnamitas eran muy hermosas y elegantes, y lucían vestidos sencillos y ajustados que resaltaban cada una de





sus formas y que daban un toque de feminidad a los movimientos de sus cuerpos. Pero esta mujer no era solamente guapa: era una obra de arte, un concentrado de sensualidad innata, un milagro en carne y hueso que apoyaba los codos en el mostrador junto al libro de registros, bajo una cruel luz de neón que revelaba, sin ninguna necesidad, una pequeña imperfección en forma de grano enrojecido sobre la frente (aunque, sorprendentemente, este detalle la hacía aún más bella a mis ojos, como un inefable estrabismo de Venus). Un milagro que cada vez que subía las escaleras hacia el tercer piso me preguntaba, batiendo sus largas pestañas «¿*Evliting nau iss ok, mistel?*». Querida mía, solamente faltaba que tuvieras una voccecita tan dulce como las notas bajas de un flautín.

Me duché rápidamente y me vestí lo más presentable que pude con lo rescatado en una mochila llena de ropa sucia: camisas con el cuello deshilachado y vaqueros reducidos a harapos por culpa de estos largos meses de viaje por las carreteras, a menudo bastante malas, de Asia. Me compuse el pelo frente a un espejo con forma de cacahuete y me dispuse a bajar por enésima vez con la ansiedad de un quinceañero que se prepara para su primera cita y con el propósito firme de invitarla a cenar en cuanto terminara su turno.

Pero cuando me presenté delante del mostrador de la recepción, casi sin aliento por haber bajado las escaleras como un rayo, sus compañeros me informaron de que su turno había terminado y que se acababa de ir hacía apenas diez minutos. Así que no pude hacer nada más que cenar solo, con una desilusión que hizo languidecer mi estómago, acompañado por el sabor de un pato frito y por la esperanza de verla al día siguiente.

Después salí a dar un paseo por la ciudad, a charlar con sus gentes —más con gestos que con palabras—, deteniéndome de vez en cuando a fantasear sobre un viaje que, a pesar de que en algunos momentos me pareció que iba a ser eterno, acababa de llegar a su fin. Había llegado a mi destino; había sacado el equipaje del portabultos para no volver a colocarlo allí al día siguiente; escribiría algunas postales en las que frases como «¡Misión cumplida!» o «*Saigon by night*, ¡por fin!» aparecerían entre los saludos; y, pocos días después, tras haber encontrado la manera de enviar la Vespa a Italia en barco, volvería a casa yo también. Sin embargo, todavía no sabía absolutamente nada de lo que iba a hacer después, ya que aún no tenía ni





la más remota idea de cómo predecir un futuro que, al menos por razones de edad, debería estar delineado en un sentido o en otro.

La noche que paseé por las calles mal iluminadas de Saigón no hubiera podido imaginar, ni aunque hubiera puesto a prueba toda mi capacidad creativa, que pocos meses después de aquel raid entre Italia y Vietnam (el cual, muy a mi pesar, se estaba ya archivando en mi memoria), vendrían otros dos nuevos viajes en Vespa, desde Alaska a Tierra del Fuego y desde Australia a Sudáfrica: noventa mil kilómetros más que me aguardaban durante los próximos tres años. Tampoco me hubiera creído que iba a realizar un cuarto viaje, con salida en otoño de 1997, que me haría recorrer otros ciento cincuenta mil kilómetros a través de los cinco continentes: desde Chile a Tasmania cruzando solo estrechos naturales, como los de Bering y Gibraltar, Yibuti y Ormuz o Indonesia y Australia. Un viaje de tres años sin interrupción ni océanos que navegar. No hubiera podido nunca imaginar que en el futuro, después de haber recorrido aquellos veinticuatro mil kilómetros, vendrían doscientos cuarenta mil más y siempre con un *scooter*. A decir verdad, aun siendo capaz de imaginarlo, hubiera sido reacto a creerlo.

Me quedé a holgazanear cerca de la estación y, a las once en punto, volví al hotel para subir rápidamente a la habitación, con la seguridad que me proporcionaba el paquete intacto de cigarrillos vietnamitas que llevaba en el bolsillo (el segundo en pocas horas), no sin antes echar un breve y confuso vistazo al descuidado *hall*, con la esperanza de que la preciosa recepcionista se hubiera olvidado el bolso y volviera a buscarlo justo en ese momento.

Tardé en dormirme, pero curiosamente no era la imagen de mi enamorada detrás del mostrador de la recepción lo que me mantenía despierto, pues me di cuenta de que casi había olvidado su rostro e incluso su mera existencia. Eran otros los pensamientos que me acompañaban esa noche.

Tumbado en la cama, sudando copiosamente a causa del calor sofocante que reinaba en la habitación y que las aspas defectuosas del ventilador sobre mi cabeza apenas podían mitigar, mientras observaba detenidamente en la oscuridad de la noche los cuadros de las montañas nevadas de Suiza y del pequinés, me pasó por delante de los ojos una retahíla, desordenada, de imágenes: un guerrillero kurdo con un Kaláshnikov al hombro, las pagodas de Wat Pho en





Bangkok, las dunas del desierto de Baluchistán y los «caballos humanos» de Calcuta, los vasitos en forma de tulipán con los que se bebía el té en Turquía y el lapislázuli de los mosaicos en las mezquitas de Isfahán, las procesiones ante el rito de la cremación en las escaleras o *ghats* de Benarés, los atascos de palanquines en los semáforos de Dacca, el labio leporino de una mujer en Hanói, un repostaje en Huê, los bajorrelieves de Persépolis... Poco después todo comenzó a nublarse paulatinamente y a convertirse en un mar de estrellas hormigueantes recortadas sobre la negra oscuridad; las imágenes de mis recuerdos comenzaron a perder claridad e intensidad y entonces la recepcionista, que no sé por qué en mi sueño se llamaba Suzy Wong, recostada sobre el sofá, se quitaba la falda de cuero adornada con esmeraldas y rubíes, se insinuaba haciendo aparecer la punta de la lengua entre los labios entreabiertos y me hacía señas para que me acercase.

El regalo

Diez meses antes había comprado una vieja Vespa a Wayan, uno de los camareros del restaurante Pantai Ayu, situado en la playa balinesa de Padangbai.

Tenía solo veinticuatro años (me refiero a Wayan, no a la Vespa, que probablemente tenía algunos más), pero parecía todavía más joven gracias a una impenitente cara de niño y a aquella pelusilla desordenada que él se empeñaba en llamar *kumis* (bigote). A pesar de su juventud, Wayan contaba ya un número considerable de hijos, cinco para ser exactos (todos varones). Su mujer, Ni Nyoman, daría a luz al sexto de allí a pocas semanas.

Según la tradición balinesa de la casta *shudra* —que ocupa el escalón más bajo de la jerarquía social, pero que engloba casi al noventa por ciento de la población—, los hijos de Wayan se llamaban: el primogénito, Wayan, como su padre; Made el segundo; Nyoman el tercero; Ketut el cuarto; de nuevo Wayan el quinto; y el sexto, el que nacería próximamente, Made si fuera niño, o Ni Made si fuera niña. Un hipotético séptimo hijo (muy desaconsejable, vista su desastrosa situación económica), se llamaría de nuevo Nyoman, o Ni Nyoman si fuera niña; un octavo, otra vez Ketut o Ni Ketut; y así sucesivamente. Cómo no existía una terrible confusión entre los balineses,





que usaban apenas cuatro nombres que repetían continuamente, es algo que nunca he logrado comprender del todo.

No sé las veces, por ejemplo, que mientras comía algo de pescado sentado en la terraza del Pantai Ayu, o mientras miraba distraído el mar que tenía delante, vi entrar a alguien y preguntar a los camareros: «¿Habéis visto a Made?». A cuál de los cientos de Made que vivían en el pueblo se refería en concreto era para mí un misterio, hasta el punto de que me resultaba imposible incluso aventurarme a dar una respuesta. Sin embargo, los interrogados parecían saber siempre quién era el Made en cuestión, por lo que alguien contestaba: «Está en una pelea de gallos en Tenganan» o «se ha ido en barca a Nusa Penida» o, tal vez, «está en Denpasar con Ketut» (¿¡qué Ketut!); o quién sabe qué más.

Con aquella avalancha de hijos, Wayan siempre iba corto de dinero y los pocos miles de rupias que ganaba como camarero en el Pantai Ayu necesitaban crónicamente de ingresos suplementarios. Por aquel entonces, ya había vendido la mastodóntica radiocasete de la que estaba tan orgulloso, así como (aunque se avergonzaba y prefería no hablar mucho de ello) tres o cuatro anillos de Ni Nyoman, quien durante los embarazos le ayudaba a tirar adelante tejiendo cestas de bambú para el mercado de pescado en Kusamba. Además, había hipotecado una parte del arrozal y, dos semanas antes, me había pedido prestados cien dólares. Ahora le había llegado el turno a la Vespa.

Yo no tenía ninguna intención de comprarla, no tanto porque estuviera hecha un desastre o fuera una chatarra destartada y oxidada, sino porque nunca había tenido ninguna pasión por los motos. Mi única experiencia con ellas la tuve a los quince años, cuando acabé en el fondo de una zanja montado en un ciclomotor rosa chillón. Y desde luego no tenía ni ganas ni necesidad de repetir aquella hazaña en Bali.

Hacía más de ocho meses que vivía en aquel pueblecito situado en la costa este de la isla, un lugar todavía poco turístico en relación con otros como Kuta, Sanur o la misma Singaraja. Por quinta vez en cuatro años, obedeciendo a quién sabe qué dinámicas subconscientes propias del viajero de largas distancias, volvía a encontrarme en Indonesia. Llevaba viviendo allí de forma intermitente desde el





ochenta y ocho, durante un total de casi dos años, y estaba barajando la posibilidad de trasladarme definitivamente.

Nunca había sentido algo tan fuerte y profundo por un lugar, por una nación y sus habitantes. Había llegado incluso a teorizar una especie de afinidad electiva o a pensar —aun sabiendo lo ingenua que resultaba aquella idea, la cual ni yo terminaba de creerme del todo— que ya había vivido allí en una vida pasada, perdida en el extravagante ciclo de las reencarnaciones. Fuera como fuese, lo cierto es que nunca había estado tan bien como desde que alquilé aquel bungalow de bambú en la playa; como desde que empecé a tener la sensación de que los sosegados días pasados en aquella aldea eran siempre demasiado largos, pero que en cambio ocho meses pasaban volando.

Desde hacía un tiempo, mientras me afeitaba por la mañana, encontraba reflejada en el espejo una sonrisa cada vez menos tímida y más alegre, en lugar de esa cara patibularia de quien está enfadado con todo y con todos, de quien no hace más que escupir sentencias cínicas y se regodea en un fatalismo barato: un rostro desagradable que no hace mucho llegué a conocer muy bien.

Por regla general me iba a dormir antes de la media noche y me levantaba poco después del alba, un horario que no había practicado durante años y que puede que nunca fuera habitual en mi vida, al menos no desde la pubertad. El hecho de que en mi bungalow no hubiera luz eléctrica parecía amplificar esa sensación maravillosa. Por la noche, la reverberación de la luz de las velas o de la lámpara de petróleo se proyectaba difuminada contra el techo de bambú, de manera que por la mañana el travieso juego del sol a través de mis párpados resultaba todavía más deslumbrante. Estudiaba con empeño el indonesio, que ya lograba hablar bien, y con un tesón más afable lo practicaba a diario con los habitantes del pueblo. Tocaba la guitarra que me había traído de Italia y, de vez en cuando, tenía alguna aventurilla sin arte ni parte con las pocas turistas que se veían en Padangbai. También escribía continuamente relatos de ambientación balinesa que planeaba hacer traducir al indonesio (o traducirlos yo mismo), para compilarlos después en un librito que pretendía editar en Yakarta, donde un amigo mío tenía una pequeña imprenta. Solía ir a pasear por la playa hasta detrás de la colina, o hasta llegar a Candi Dasa o Amlapura, dedicando las mañanas a





nadar durante horas en sus aguas cálidas. En resumen: aquel lienzo idílico que había pintado a mi alrededor parecía perfecto y me estaba preparando mentalmente para enmarcarlo como era debido, imaginándolo expuesto en la pinacoteca de mi futuro durante quién sabe cuántos años, con sus días somnolientos que trascurrían tranquilos e incluso placenteros. Unos días que pasaban sin grandes alegrías, pero —y esto era lo importante— sin demasiadas tristezas, días de los que habían desaparecido aquellos habituales, familiares y estúpidos pinchazos causados por una sensación de inutilidad que durante años se había adueñado de mi estómago y lo había estrujado como se estruja un trapo mojado para luego arrojarlo de nuevo, con un golpe seco, dentro de mis entrañas.

En Italia dejé una relación que, como me suele suceder, pensaba que podía haber durado para siempre, pero que en realidad llevaba un tiempo haciendo aguas y que cada semana parecía estar a punto de hundirse. Mi fuga hasta estas tierras lejanas era solo un intento de olvidarla de una vez por todas, algo que en parte estaba consiguiendo. También había dejado un trabajo como actor de teatro, que me hacía vivir actuando a mi pesar en la vida real, convirtiéndola en una fantasía, una ficción en la que ya no me reconocía, que no veía con buenos ojos y que no apreciaba, pero que volvía a empezar sistemáticamente cada vez que pisaba el escenario. Dejé allí también a mi familia. Me refiero a aquella de la que provengo, no a la que hubiera podido formar yo con posibles mujer e hijos después de la experiencia de un matrimonio fallido y, al cabo de unos pocos años, de un divorcio inevitable. Mi familia me quería demasiado como para no darse cuenta de que vivía como pez fuera del agua, por lo que habían acabado resignándose a mis viajes de cinco o seis meses fuera de Italia, como el Ismael de *Moby Dick*, que cuando siente llegar el invierno a su alma y el *spleen* comienza a roerle los huesos decide que es hora de embarcarse y partir. Es más: habían incluso llegado a aceptar de buena gana, si no con entusiasmo, la idea de que me marchara a Indonesia para rehacer mi vida. Nos echábamos mutuamente de menos, pero estábamos de acuerdo en que esta situación era la mejor para todos.

La palabra «fuga», con la que alguno de mis amigos había etiquetado mi repentina partida (con connotaciones claramente negativas), no me afectaba demasiado. Lograba limpiar mi conciencia





buscando amparo en razonamientos y frases como: «Si un preso condenado a cadena perpetua consiguiera escapar de prisión, ¿habría que llamarlo desertor por fugarse o habría que quitarse el sombrero por el solo hecho de conseguirlo?». Naturalmente, desde mi punto de vista, esta era una pregunta innecesaria cuya respuesta no admitía ninguna duda.

Gracias al alquiler de la casa que tenía en los alrededores de Roma, contaba con cerca de setecientas mil liras al mes que el puntual inquilino ingresaba regularmente en mi cuenta. Tal suma de dinero habría supuesto la más cruda miseria en cualquier país de Europa, o al menos podría haber llevado a una psicopatología debida al ahorro forzoso. En Padangbai, sin embargo, aunque en ocasiones pusiera verdadero empeño en despilfarrar todo lo posible, nunca lo graba gastar más de la mitad de las setecientas mil liras, transformadas por medio de un trozo de plástico en rupias *cash advance*. Y así, los problemas económicos de mis días indonesios estaban resueltos como por arte de magia, con un simple toque de varita. Por si fuera poco, hasta existía la posibilidad de que, si hubiera decidido volver a Roma, encontrase una cuenta corriente más sustanciosa que aquella desangrada que había dejado antes de marcharme. Por mucho que parezca paradójico, era exactamente así: sin trabajar y viviendo como quería ganaba más que cuando tenía que trabajar y odiaba la vida que llevaba... ¡Y conseguía incluso ahorrar! Bendita ecuación, bendita como acertar la quiniela... ¡Bendita «fuga»!

Pero volvamos a la Vespa de Wayan. Después de haber divagado sobre bungalós de bambú, inquilinos puntuales y condenados a cadena perpetua que se fugan con una quiniela ganadora entre las manos, una vez hube observado la moto con detenimiento, descubrí algunos defectos más importantes que las simples abolladuras y los archipiélagos de óxido en la carrocería. En primer lugar, parecía que los frenos no funcionaban y, aun presionando al máximo las palancas, no se producía el más mínimo efecto sobre las ruedas, que seguían girando como si nada. Los neumáticos estaban terriblemente desgastados, la rueda de repuesto había desaparecido y el faro delantero se lo había llevado vete tú a saber quién: solo quedaba un agujero grotesco que parecía la cuenca vacía de un ojo. Por último, arrancar era una operación extremadamente complicada, con esas sacudidas sollozantes del motor antes de un refunfuño definitivo





que recompensaba, por fin, todo aquel esfuerzo. Con este panorama, los trescientos dólares que andaba pidiendo Wayan a los clientes del restaurante con la cara apenada como si se estuviera privando de algo maravilloso por el bien de sus amigos representaban una cifra cuando menos absurda y nadie parecía tomarse la cuestión demasiado en serio. En cambio, todos acompañaban con risas y burlas sus patéticas quejas y esfuerzos por ensalzar las cualidades de aquella reliquia de museo.

—Giogior, díselo tú que eres italiano como la Vespa: ¿a que allí vale más de trescientos dólares?

No había manera de que nadie lograra pronunciar mi nombre como es debido, lo cual me resultaba extraño, ya que Giorgio es todo menos un trabalenguas: Wayan me llamaba Giogior; para su mujer era Giors; para otros, Johnson; para Ibu Komang, Josh; y así sucesivamente.

Mientras bebía un *lassi* de papaya en la terraza decidí optar por la vía diplomática:

—*Tidak tahu, Wayan; tidak tahu... Berangkali.* —Lo cual vendría a ser como lavarse las manos con un simple: «No lo sé, Wayan, puede que los valga».

Después, me ajusté el *sarong* de flores estampadas alrededor de la cintura y me fui a dar un paseo hasta la bifurcación de Denpasar y Amlapura, pasando por delante del vertedero humeante del pueblo y haciendo un gran esfuerzo por no vomitar el *lassi* de papaya mientras respiraba aquellos vapores nauseabundos.

Cuando llegué a la calle principal paré un *bemo*, una de esas furgonetas destartadas y siempre llenas de gente que hacen de taxis públicos, y le dije que me llevara a Klungkung, donde había un restaurante en el que se comían unas langostas fresquísimas que costaban lo mismo que unos arenques ahumados en Italia. Estuve charlando de mala gana con algunos clientes muy apasionados por el fútbol, quienes conocían las formaciones actuales del *Yiuventús* y del *Así Milan* mucho mejor que yo y recitaban el nombre de los jugadores como si fueran las cuentas de un rosario.

Siempre me había hecho gracia cómo los indonesios, que aman el fútbol de manera visceral y son la friolera de ciento noventa millones según el último censo, no conseguían reunir a once hombres para formar un equipo decente. Todavía recuerdo que, unos meses





antes, su selección había perdido cinco a cero contra Brunéi, un país que será muy rico gracias al petróleo, pero muy pobre en habitantes.

Sobre las nueve de la noche estaba ya de vuelta en Padangbai y decidí irme a dormir después de haberme dado un baño en el mar. Mientras terminaba de instalar la mosquitera alrededor de la cama y de rellenar la lámpara de queroseno, escuché que alguien subía las escaleras de madera que conducían a la puerta-ventanuco de mi bungalow. Cuando esta se abrió como la mitad de un abanico, vi asomarse la cabeza de Wayan, que me saludó con su sonrisa habitual, pero con un brillo extraño en los ojos. Puede que estuviera preocupado o, tal vez, triste; a lo mejor solo estaba borracho.

—Pasa, Wayan. Coge un vaso de *arak* y vamos a sentarnos al balcón, que hace una buena noche. ¿Va todo bien?

—No, Giogior, tengo un problema. —Estaba completamente sobrio—. Perdona que venga a estas horas, pero no sabía a quién...

—Son solo las diez.

—Lo sé, pero estabas a punto de irte a dormir. —Eché un vistazo tímido a la habitación, deteniendo su mirada sobre la mosquitera suave y blanquísima en la oscuridad, que ya colgaba sobre la cama.

—Ya me acostaré más tarde. Dime, ¿te pasa algo?

—No, no exactamente; es decir, tengo que conseguir ochenta dólares antes de mañana por la mañana, si no...

Confieso que la peor parte de mí pensó: «Ya estamos, ¡otro préstamo!», lo que hizo que me avergonzara por mi mezquindad. ¿Acaso no había sido Wayan el que se había encargado desinteresadamente de conseguirme aquel bungalow en la playa y me había ayudado a decorarlo con muebles que un pariente suyo de Amlapura ya no usaba? ¿Acaso no había encontrado la manera, quién sabe cómo, de que obtuviera un visado de seis meses, en lugar del estándar de dos que todos los extranjeros reciben cuando entran en Indonesia? Solo por este regalo, con el que me ahorraba pagar los vuelos para salir del país cada sesenta días, hubiera debido ir besando la tierra que pisaba. ¿No había sido él quien se había ofrecido a enseñarme el indonesio, por un precio casi simbólico, robando tiempo a su trabajo en Ibu Komang y a sus hijos? ¿Acaso no estaba siempre disponible y de buen humor, a pesar de que le costara un verdadero esfuerzo ganar lo suficiente como para comer caliente dos veces al día? Y yo, en cambio, me molestaba por ochenta cochinos dólares diciéndome





a mí mismo: «¡Ya estamos!». Me bebí de un trago el vaso de *arak* que acababa de rellenarme y miré en silencio a mi amigo, casi esperando que satisficiera mi curiosidad aportando más detalles sobre su problemática situación económica. Fue en ese momento cuando pensé que uno se puede esforzar por ser bueno —o al menos aparentarlo— pero que la verdadera bondad, aquella que no pide, que simplemente entiende sin saber, no se puede aprender, pues es un don reservado a unos pocos... Y, desde luego, tal don no se encontraba aquella noche en mi balcón de bambú.

—Ha venido a mi casa ese cabrón de Karangasem, ese a quien viste una vez en el templo durante un *barong*. El prestamista, ¿te acuerdas de él? Bueno, pues le debo bastante dinero. Me ha dicho que si mañana no le pago al menos los ochenta dólares que me prestó la semana pasada... ¡Me quemará la casa! Ya sabes que el tipo es un fanfarrón, así que obviamente no va a quemarla. ¡Faltaría más! Pero un susto me lo da seguro; es un canalla y otros muchos ya han acabado mal por su culpa.

Wayan hablaba agitado e indignado, maldiciendo a diestro y siniestro. Pero, en realidad, parecía estar un poco asustado a juzgar por cómo torturaba el cuello de su camisa blanca, lleno de manchas de aceite.

En aquel momento divisamos a Ni Nyoman, su mujer, que corría acalorada por la playa hacia nosotros sujetándose el vientre, prominente bajo el *sarong* verde de algodón. Cuando consiguió llegar al patio debajo del bungalow, con el pelo despeinado sobre su rostro precioso a pesar de las pequeñas picadas de viruela, gritó algo a Wayan en el dialecto balinés de la casta *shudra*, del que yo entendía cinco palabras mal contadas. Después se despidió distraídamente y volvió corriendo por la playa, desapareciendo de nuestra vista tras las largas hojas de los bananos.

—¡Se está llevando la cocina que compramos en Denpasar! ¡Trescientas mil rupias de cocina! ¡Ese cabrón! Me acaba de decir que la está cargando en una furgoneta. —Wayan puso pies en polvorosa y se precipitó hacia las escaleras.

—¡Espera, Wayan! Toma, tíraselos a la cara.

Saqué cuatro billetes de veinte dólares del estuche de cuero que llevaba colgado del cuello. Él intentó rechazarlos balbuceando algo en dialecto, pero después los cogió y me sonrió con esa sonrisa de





dientes perfectos y deslumbrantes que se reflejaba también en los ojos. Mientras bajaba corriendo las escaleras me gritó:

—*Terima kasih, kawan saya; terima kasih banyak!* —«¡Muchas gracias, amigo!».

Y continuó repitiéndolo sin interrupción como una cantinela hasta que ya no pude oírle y desapareció entre las hojas de bananos que delimitaban la playa.

Permanecí absorto mirando aquella figura que se alejaba. Luego entré en casa, encendí la lámpara de queroseno y me tumbé en la cama a leer un libro.

Pero ni media hora después oí regresar a Wayan, a quien precedía el ruido infernal de la Vespa desvencijada. Sin siquiera bajarse y acelerando continuamente me gritó:

—¡Te la regalo, Giogior, te la dejo aquí aparcada! ¡Baja, que te enseñe un truco para que puedas ponerla en marcha a la primera!

Me asomé al balcón en calzoncillos y le grité de vuelta:

—¡Estás loco, Wayan! Yo no sé qué hacer con una moto. De verdad, no la quiero.

—Me hace ilusión regalártela...

Durante un instante mi «lado oscuro» comenzó a pensar en los ochenta dólares, a los que se sumaban los otros cien que le había prestado dos semanas antes. Esbocé una sonrisa:

—¿Pero no querías trescientos dólares por ella? —le pregunté mientras me ponía rápidamente un par de vaqueros y comenzaba a bajar las escaleras.

—Bueno, parece que nadie está dispuesto a pagar esos dólares por ella. Escucha, Giogior, te propongo una ganga.

Yo ya había cogido perfectamente la indirecta y sabía a dónde quería ir a parar Wayan con su propuesta, por lo que me divertí anticipándolo:

—Vale, yo me quedo con la Vespa y estamos en paz, ¿no es así?

—Mira que por ciento ochenta dólares está regalada... Te dije que te la regalaba, ¿no?

Se echó a reír de manera pícaro y, yendo contra las costumbres de los balineses, normalmente reacios a la efusividad y a la manifestación de sus sentimientos, me abrazó y comenzó a saltar con tanta vehemencia que pronto tuve que dar saltos yo también, a pesar de sentirme algo incómodo, y sin dejar de mirar a mi alrededor por el rabillo del ojo.





Para celebrar el trato lo invité a abrir otra botella de *arak*, y alrededor de la media noche ya nos habíamos salido del pentagrama de la sobriedad. Nos regalamos los oídos con sonidos melifluos que parecían notas de violín sopladas con un aliento que apestaba a destilería (notas llenas de líneas adicionales, trinados, notas discordantes, síncopas y alteraciones de clave). Nos jurábamos amistad eterna con palabras que se amasaban en la boca; fidelidad imperecedera de camaradas, unión indisoluble, uno para todos y todos para uno; y un largo etcétera. Por lo menos hasta que Wayan comenzó a vomitar hasta el alma sobre el suelo de madera del balcón. Entonces lo acompañé tambaleante junto a Ni Nyoman quien, lejos de preocuparse o de echarle un sermón, comenzó a reírse por lo bajinis haciendo oscilar graciosamente su tripa bajo el *sarong*, antes de irse corriendo a llamar a las vecinas que aún estuvieran despiertas para que se rieran también ellas...

Y fue así como me convertí, de repente y casi contra mi voluntad, en el dueño de mi primera y destartalada Vespa.

Bali, Java, Sumatra, Singapur

A la mañana siguiente, mientras buscaba adormecido un peine revolviendo en el cajón de la mesilla de noche, mis manos se toparon con una llave que no había visto nunca. Hicieron falta unos segundos para recordar a Wayan y su regalo.

Echando un vistazo desde el balcón, observé que la luz matutina iluminaba una Vespa apoyada con una inclinación de cuarenta y cinco grados contra un cocotero. De pronto me invadió el deseo de ponerla en marcha, de satisfacer la curiosidad que me producía el verme sentado sobre un vehículo de dos ruedas después de veinte años. «¡Qué maltrecha estás!», fue el primer pensamiento que se me pasó por la cabeza mientras me acercaba a ella casi conmovido, estudiando cada una de sus partes.

Me subí un momento sobre el asiento parchado y puse la mano en el manillar, mientras que, sin darme cuenta, mis labios pronunciaban el «brrrruummm brrrruummm» característico, como cuando era pequeño y me apoderaba del volante del coche de mi padre. Metí la llave en el contacto. Estaba preparado para ese esfuerzo titánico que consistía en dar patadas al pedal de arranque, y me encontré

